

IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

Oficinas: CORRIENTES, 462

ALBERTO GHIRALDO

DIRECTOR

Año V

BUENOS AIRES, MAYO 29 DE 1913

Número 91

“LA COLUMNA DE FUEGO”



SUMARIO: La crítica, el público y nosotros; *La redacción*.—Mi opinión; *Joaquín Castellanos*.—La obra y sus censores; *Raúl Marfieri*.—El problema.—La columna de Fuego; *Julio R. Barcos*.—La obra, la crítica y las ideas; *Juan Emiliano Carulla*.—Atorantismo intelectual; *Benito Olabuenaga*.—Propaganda acrata; «*La Protesta*».—Historia de un complot.—“La columna de Fuego”. Adhesiones y aplausos; *Arturo Marasso Rocca*. *Amaro Folgueral*. *María Landaburu*. *Artemio Moreno Albino Dardo Lopez*. *Juan Manuel Cotta*. *Carmelo Martínez*. *Candelario Olivera*. *Leon Almeida*. *Salvador de la Fuente*; *C. Martínez*.

Dibuj. de R. M. Castaño.

"La columna de Fuego"

ADHESIONES Y APLAUSOS

19 Mayo de 1913.

A Alberto Ghiraldo

Robusto poeta y pensador:

Va mi soneto, sincero como un vaso de agua. Vd. merece mucho más: el Hefesto del antiguo Olimpo debió tallarle su panoplia igual que la de Diómedes.

Si yo le envío mi elogio y mi entusiasmo, casi sin conocerle, es porque veo en Vd. el factor más eficaz de nuestra cultura, y solo, desconocido y de lo más obscuro, le hablo con toda sinceridad. Puedo ofrecerme sí, íntegro é incontaminado, de Vd. afectuosísimo y s. s.,

ARTEMIO MORENO.

Alberto Ghiraldo

Única voz de indignación vibrante!
Y su nimen bravo, iconoclasta,
Vomita los rencores de la casta
Que sabe del Dolor, su Hierofante.

Su airada juventud es cual un grito!
— Alefuya de grandes rebeldías
Yo le he visto en soberbios mediodías,
Cual la llama que asciende al infinito!

Hombre apóstol! — Tu lámpara encendida
Va en girones de luz esclarecida,
Hacia el noble país del Ideal.

Y estremecida de divino anhelo,
Toda mi alma, hecha un pañuelo,
Saluda tu corsario zodiacal!

Artemio Moreno.

San Nicolás Mayo 9-1913.

A Alberto Ghiraldo,

Estimado compañero: No quise escribirle hasta hoy que viera las revistas. A pesar de lo dicho en «La Nación» yo le sé fuerte, y que ha de considerar el juicio ese, en lo que es: parcialismo reaccionario.

Reciba la congratulación de su amigo que no lo olvida.

ALBINO DARDO LÓPEZ.

Cárcel de San Nicolás.

Alberto Ghiraldo

Roja es tu enseña, la que no levantan los cretinos sin luz en la mollera, porque surgen con hambre de pantera cuando los bardos de tu talla cantan.

Tímidos, necios, de terror se espantan cual si fueras diabólica quimera, porque adoptan sin fe cualquier bandera y en las ubres ajenas se amamantan.

Tú, valiente y altivo, no te inclinas á juntar las migajas que en el suelo arroja con desdén el millonario.

¡Oh! Tú quieres vencer lo que abominas, y así es tan puro tu ferviente anhelo y tan grande tu amor al proletario.

JUAN MANUEL COTTA.

«La Columna de fuego» y, más que ella, el reaccionario clamor de la jauría periodística me han decidido á dirigirle esta carta.

Antes de nada mi humilde pero sincero aplauso por su nuevo gesto. Los partos de su talento son «columnas»... firmes columnas que han de subsistir por sobre toda la verba vacua y tonta por lo insípida de esos gacetilleros que hoy pretenden derribarlas.

CARMELO MARTINEZ.

Alberto Ghiraldo

Tancredo generoso de esta Cruzada; llegas como un bajel guerrero sobre un mar de mancilla; y enfrentando al Futuro la corradora quilla visionario y vidente como un Colón, navegas.

Porque hay sórdidas almas ancestrales y ciegas que niegan la evidencia de una luz tan sencilla es que tu rojo verbo—diamante y astro—brilla como un terrible y bárbaro incendio, cuando niegas.

Yo he forjado en mis noches de fiebre y de locura sobre el corcel del Alba tu arrogante figura, fustigando las Sombras con la tea incendiaria:

¡Como un Luzbel soberbio de púrpura vestido!
¡Como un extraño Cristo con tela de bandido predicando la nueva Cruzada Libertaria!

Candelario Olivera.

León Almeida

Alma gigante, corazón de acero,
Columna contra el mal, firme y serena,
Blason y gloria de la muda escena,
Profeta, mártir, precursor y obrero.

Duro en su vida de rebelde austero,
No le ata ni el amor: — «la dicha plena
Que al cariño nos unce y encadena,
No la amo, ni la busco, ni la quiero».

Es un heroe y un mártir; bravamente,
Aunque sabe la suerte que le espera,
Marcha impasible hacia el fatal momento.

¡Y es al morir tan generosamente
Mas que un hombre caído, una bandera
Que ha de flamear mañana á todo viento!

Salvador de la Fuente

Figura extraña y, como tal, gloriosa;
Gloriosa porque es noble y porque es nueva;
Nueva por todo lo que en su alma moza
De grande y puro y de vidente lleva.

Su experiencia profunda y sentenciosa
Doma la inercia y el dolor subleva;
Vida toda hecha luz: luz generosa
Que llega al pueblo y su conciencia eleva.

El estrecho tablado que le aguanta
Se transforma con él; ¡destino augusto!
Torna el teatro á su inmortal segundo.

El genio de la escena se levanta
Cuando aquel grave redentor adusto
Da su solemne conferencia al mundo.

CARMELO MARTINEZ.

IDEAS Y FIGURAS

OFICINAS: CORRIENTES 462

REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

ALBERTO GHIRALDO
DIRECTOR

"LA COLUMNA DE FUEGO"

La crítica, el público y nosotros

La misma reacción que acosa á los hombres cuya vida se agita fuera del convencionalismo social y político, espiando sus pensamientos, encarcelándolos, deportándolos, infamándolos; la misma para la cual todas las ocasiones y todos los medios, hasta los más indignos, resultan aceptables, aun cuando su fin, lejos de justificarlos, agrave su monstruosidad; esa misma reacción ha aprovechado el estreno de «La Columna de Fuego» para llevar un ataque en masa contra las nuevas tendencias del arte, contra el autor de la obra, contra sus ideas y contra los demás que las profesan.

En cuanto á lo primero, su ridículo afán ha tenido el éxito del loco aquel que quiso azotar el mar...

En cuanto á lo segundo, las insinuaciones fingidamente ingenuas de que han hecho alarde algunos «críticos» y las declamaciones de un desencanto que suena á hueco, se desautorizan por sí mismas.

En cuanto á lo tercero nuestras ideas se defienden solas de los insultos con la luz de su propia nobleza.

Por último nosotros, los que tenemos la valentía de sostenerlas en este medio ambiente de opacidad moral é intelectual, no nos intimidamos. Y, además, la calumnia honra á todo el que no la teme.

Pero es el caso que con esta campaña periodística se ha pretendido contribuir á la difusión de una superchería que robustece la ignorancia de la masa inconciente y aleja para ella el día de la redención espiritual. La táctica es conocida: cuando una idea rebelde no atemoriza sino que por el contrario atrae por su esencia de amor, los paladines del conservatismo se esfuerzan en rodear de sombras á los hombres que la sustentan.

Y bien. Nosotros venimos á dar batalla contra esa insidia. Porque es caso de dignidad intelectual esforzarse por abrir camino entre nosotros á una tendencia artística que está destinada á una larga y fecunda misión. Porque no podemos dejar de honrar una obra como esta que no pertenece tan solo á su autor sino á todos los que nos empeñamos en dignificar la vida, y la que por lo tanto, ante el ataque del enemigo, resulta un símbolo. Y también porque se impone desvirtuar de una vez para siempre un sistema de difamación, por el cual se pretende impedir que los sumisos comiencen á mirar sin miedo hacia la luz.

Y vamos á dar la batalla desde las columnas de esta revista que es otro símbolo de nuestras luchas.

IDEAS y FIGURAS con su continua é inquebrantable línea de combate por el triunfo de la Belleza, de la Justicia y de la Libertad, se ha colocado muy por encima de cualquier sospecha, y ha conquistado el derecho de decir en todo momento su verdad. ¡Tampoco hoy puede callar!

Mi opinión

Asistimos la otra noche al estreno del nuevo drama de Alberto Ghiraldo, «La columna de fuego», y nos retiramos del teatro con la sensación de una obra extraordinaria por la potencia evocadora de la realidad, que es la más alta y genuina característica del arte

grande, del arte verdadero, del arte auténtico.

Aquella pieza nos pareció una dramatización de ambiente social contemporáneo, interpretada en cuadros y en figuras de un realismo fuerte y sóbrio que haciendo palpitar sobre la escena

tipos y aspectos del medio local, reproducía tipos y aspectos de vida humana. Conocíamos el drama del mismo autor «Alma Gaucha» en el cual el temperamento del artista se ha sobrepuesto a las teorías del revolucionario; la tesis se diluye y desaparece en el torbellino de pasión y de dolor que forma el elemento dramático de la obra.

En ella se reflejan algunas de las facetas de la existencia del gaucho. El protagonista no es una encarnación del gaucho; es un gaucho, un carácter particular, una individualidad que sin encarnar la especie, la interpreta en muchos de sus rasgos, y la resume solo en lo que toca al sufrimiento.

En «La Columna de Fuego» aparece el obrero, actuando en el conflicto moderno, el gran conflicto que no es únicamente como se dice entre el capital y el trabajo, sino ante y sobre todo entre la legislación y los hábitos dominantes con los conceptos nuevos de la vida que van suscitando en las clases trabajadoras el anhelo y el esfuerzo de lo mejor, aún cuando no saben con firmeza lo mejor á que tienden, ni están de acuerdo en los medios con que pueden alcanzar la finalidad de sus legítimas pero confusas aspiraciones.

Esta situación incierta, este movi-

La obra y sus censores

Contra el último drama de Ghirardo han volcado toda la hiel de su cobardía los cronistas de la prensa diaria: ¡es que «La Columna de Fuego» señala la culminación artística de un rebelde! Y es que ella constituye también la incorporación á los motivos del teatro nacional, de una tendencia y de un ambiente que hasta ayer no habían resistido entre nosotros la prueba de las tablas.

Y ellos, los «críticos», que al ocuparse de cada nuevo «estreno» se lo pasan haciendo equilibrios para quedar bien con muchos á la vez... y aún con la propia vanidad; ellos que, incapaces para discutir, nada examinan y de todo hablan, así, por sentencias, creyendo dominar al público con su autoridad de censores oficiales; ellos, digo, á pesar de ser tan famosos bailarines de cuerda floja; esta vez han perdido la estabilidad, rodando en tropel fuera de su centro de gravitación.

Lo cual ha sido, á la postre, un gran triunfo para «La Columna de Fuego».

En efecto, esos señores no han hecho crítica. Porque hacer crítica es analizar,

miento inofensivo, este malestar indefinido que se traduce con violencia en una huelga, han sido teatralizados por Ghirardo con una naturalidad tan perfecta que su obra más que obra escénica parece un fragmento de vida real, un caso efectivo de los que ocurren á menudo en las agitaciones de la clase obrera. A esta ilusión contribuye la interpretativa decoración con que ha sido preparada y presentada la pieza.

Observamos su efecto en el público: en la sala desbordante se notaba impaciencia y nerviosidad antes de alzarse el telón. Después del primer cuadro, la actitud de la concurrencia fué de atención inteligente; no hubo un momento de entusiasmo hasta el final, pero hubo algo de más valor que los fáciles entusiasmos, hubo un interés sostenido, una tensión de espíritu en que se hacía visible el trabajo interior de la reflexión que acompañaba la emoción entre los espectadores; no era un público sacudido en sus nervios y arrebatado por impresiones espontáneas; era una gran masa humana, que á la vez que sentía, pensaba la obra y que, comprendiéndola, la consagró con el más significativo de los triunfos.

JOAQUIN CASTELLANOS.

y por lo tanto interpretar, exaltando o censurando, pero fundando siempre todas las afirmaciones que se hagan; y ellos —insuficientes para abordar un tema trascendental, y amedrentados ante el realismo de esa vida obrera emancipada de protección, organizada y fuerte por acción propia—ellos, los «críticos», han rechazado la obra *a priori*, sin ni siquiera intentar estudiarla, escudándose tras una pretendida nebulosidad de concepción.

Contra este pretexto se levanta la opinión del público que, emocionado, dió la primer noche su sanción entusiasta, y que, dándose cuenta de cuan poderosa debía ser esa «columna» contra la cual se habían desquiciado tan probados equilibristas, siguió llenando el teatro y ratificando insistentemente el primer fallo.

¿Y como podían haber influido sobre él esas crónicas donde el encono se traslucía en cada palabra, y la falta de preparación para juzgar se manifestaba en cada apreciación?

En una verdadera obra de arte, resulta imposible separar netamente unos de otros los elementos artísticos, psicológicos é ideológicos que la componen, pues estos se hallan allí absolutamente fusionados.

Tal es el caso de «La Columna de Fuego».

Por eso es que, en esta reseña, consideraremos cada una de las «situaciones» bajo estos tres puntos de vista á la vez, para llegar á desentrañar toda su esencia, y rebatir al propio tiempo los heterogéneos anatemas que contra ella han eructado la ignorancia y el miedo.

He aquí un drama social que se produce en el seno mismo del proletariado, siendo obreras las dos fuerzas que chocan entre sí.

Aunque el caso — cuya individualización escénica no mengúa en lo más mínimo la generalización que tiene en la vida — alcance trascendencia en la lucha contra el capital, este no se halla representado en la acción.

Tal es, de entrada la gran originalidad de la obra.

Y tal es también uno de los puntos de ataque que, por inconciencia algunos, con perfidia otros, han tenido por mira los cronistas esos.

«La vida amarga del taller y la barraca no está allí representada...» «El autor no ha tenido el valor de maldecir á los gobiernos»...

¡Y esos sujetos son los mismos que acababan de lamentar por la milésima vez la frecuencia con que se ponían en las tablas el capital y el trabajo, uno frente al otro! ¡Si ni saben lo que dicen ni lo que quieren! Así por atacar han elogiado...

Facil aplauso hubiera podido conseguir el autor con apóstrofes altisonantes ó con la pintura de cuadros miserables.

Ghirardo no ha buscado eso: él ha sabido encontrar en las pasiones mismas de la existencia obrera materia teatralizable y de alcance social.

El problema de los «sin trabajo» necesitaba la vitalidad de las tablas para imponerse á la consideración de filósofos y luchadores.

El «viejo» Owen — á quien palmorea con aire de compadecida suficiencia uno de esos... críticos — no le «halló remedio». — Ni era tal vez ese momen-

to de las primeras batallas de la lucha social el más favorable para la percepción clara y la solución de una cuestión interna de uno de los grupos.

En cuanto al argumento que ha desarrollado Ghirardo, no han parecido — ó querido — distinguirlo bien esos señores, á pesar de manifestarse con decisión muy grande desde el primer cuadro, en las escenas entre León y Telma, y entre Marcos y León.

El ambiente es de huelga. La amenaza de quedar sin empleo, tiene divididas en dos bandos á las filas proletarias. La trama de la obra es justamente la lucha entre estos dos bandos, individualizada en dos caracteres salientes por sus condiciones personales y por su actuación, y generalizada nuevamente, después de la muerte de uno de ellos, por la asamblea de los obreros agrupados al rededor de su cadáver. El amor tercia en esta lucha, más que por manifestaciones exteriores, por proceso interno. Es poderosa corriente subterránea, que aparece acá y allá por breves instantes, pero que estremece el suelo aún mientras permanece oculta.

Este argumento, y menos aún su realización teatral nada tienen de melodramático.

Todos acción son los sucesivos cuadros, exponentes cada uno de ellos de circunstancias materiales y morales muy intensas. La naturalidad del desenvolvimiento y la rapidez escénica son caracteres marcados de «La Columna de Fuego».

Muy fuera de lugar está pues esa denominación de «melodrama». Mas bien es ella aplicable á la *pose* anatematizante de los «críticos».

Se ha dicho también que se trató de una obra fragmentaria.

No sé si esa misma sobriedad ha sugerido esta apreciación, pero lo cierto es que ella es impropia.

Tanto más cuanto que se la ha querido usar como argumento en contra, tratándose por el contrario de una cualidad relevante en todo arte, y más aún en el teatral, siendo en el caso presente todavía más típica: esa síntesis tiene una razón de ser psicológica. La vida de los luchadores está hecha así, de acciones rápidas y agitadas, de episodios cuya preparación lógica es más interior que exterior.

Pero no hay que confundir el medio representado con su representación. La obra en sí, en su desarrollo, tiene una continuidad constante, como basta á de-

mostrarlo la enunciación que hemos hecho de su tema.

Y justamente, el hecho de haber dado, a pesar de la «continuidad» escénica, la impresión real de una existencia cuya manifestación activa es «fragmentaria», constituye todo un triunfo para el autor. Es tal vez por la dificultad de transmitir esta impresión, que muy pocos son los escritores que han intentado representar al obrero fuera de la vida monótona del trabajo.

Se ha hablado también del «efectismo» como de uno de los defectos de este drama.

Consignemos por ahora que los efectos escénicos son condenables cuando resultan rebuscados y desvirtúan la realidad. Pero cuando son psicológicamente forzosos, ineludibles, y por lo tanto naturales, son de buena ley e indispensables para la unidad de la acción.

Veremos luego cuales son esos efectos. Aquí señalaremos solo el «despliegue de fuerzas militares» que tanto ha disgustado a la prensa patriota, y que alguien ha tomado como «un ensañamiento ridículo contra una clase.»

Ante todo, no hay tal ensañamiento. Solo se aprovecha la presencia de un piquete para dar una nota significativa, en una escena que pone de relieve el estado de ánimo de la tropa. De esta escena la prensa burguesa ha destacado tan solo el tipo del soldado matón y *anti-gringuista*, cuando al lado de él figura otro que ha sido obrero y ve de opuesto modo las cosas, otro prescindente, y un sargento conciliador. Del resto, aun en el caso del primero, quéjense los «críticos» de la realidad y no de la intención del autor: los pensamientos del soldado 2.º, no solamente son reales en ese tipo muy criollo y muy ignorante a un tiempo, sino también en la mayoría de nuestros «estadistas» y «legisladores». Y si no que lo digan las leyes esas...

Luego, en cuanto a la aparición violenta de la tropa: ¿no es cierto que ella interviene constantemente en los conflictos proletarios, como la barreta que se opone a la acción propagandista de los trabajadores? ¿y no es ella brutal siempre como toda fuerza armada? Diríjense más bien esos señores a la autoridad para que no inunde de «fusiles asesinos» los barrios obreros y los talleres en paro durante las huelgas, y así sus austeras almas de próceres *ratés* dejarán de ver en la escena a los soldados cumpliendo tan baja misión.

Se han hecho también reparos al lenguaje de la obra pero estos en unas notas tan desarticuladas, en unos periodos de literatura tan misérrima, que es caso de dignidad no rebatirlos.

Conste sin embargo, que el lenguaje de los personajes es variado y lleno de matices, ajustándose siempre a la psicología de cada uno.

En el primer acto, la acción se inicia desde el primer cuadro. Aquí no hay escenas preparatorias: La situación desesperante de la casa de Marcos. El estado de la huelga — cuyo jefe no es León, mal intencionados cronistas, quienes le habeis seguramente oído decir a él mismo que el movimiento está orientado por el Consejo de la Federación, y con la autorización debida de los gremios. — La pasión de Telma, atraída por la vigorosa personalidad de León, prototipo de luchador lleno de fé, que no sabe de transacciones, cuya altivez y cuya generosidad despiertan en ella dos amores a un tiempo: el del hombre y el de la idea. — La Idea es la Libertad en su más absoluta acepción, malos pastores del criterio público que odiais todas las emancipaciones, porque sentís que el rebaño también se independiza. — El conflicto entre *los con trabajo y los sin trabajo*, y el dilema que se presenta a la conciencia de Telma ante la actitud de su padre quebrando la solidaridad.

Segundo cuadro: Mientras esperan la posible llegada de alguno de los barcos de carga anunciados, los obreros de la comisión a la que pertenece León, se comunican el resultado de sus recorridas, revelandose en los comentarios el espíritu con que los intransigentes miran a los que han abandonado la resistencia. El correntino Ocampo, un tipo que se manifiesta allí todo entero en una sola pincelada, a proposito de unos comprovincianos suyos que vienen contratados para substituir a los huelguistas, refiere el propio arribo a Buenos Aires, poniendo de relieve el engaño con que se reclutan los rompe-huelgas en el interior. Atracá «El Destino». Entre la planchada y los obreros que van a hablar con los recién llegados, se interpone un piquete que viene a la carrera, atraído por la sirena del remolcador: es uno de los tantos piquetes que recorren el puerto con la misión de proteger el desembarque de los rompe-huelgas.

Hechos aquí frente al primer efecto: la entrada de este barco que dá lugar a un hermoso lucimiento escenográfico, y a una acción de conjunto muy emocionante.

Ante todo: ¿es esa escena una realidad? Muchos la han visto. Luego: ¿entra esa «situación» en el plan del drama? Evidentemente sí: porque los contrastes son elementos necesarios para el mayor relieve de todo conflicto. Y esos obreros comprometidos a trabajar, que ante un llamado vibrante de sus compañeros desconocidos se conmueven, se dan cuenta y se adhieren a la huelga, forman contraste con los que toman trabajo para prevenir a los demás, impulsados por el hambre de las mujeres y de los hijos, ó por falta de valor para afrontar la propia personal miseria.

Primer cuadro del segundo acto: Encontramos a los contratados por Marcos que se preparan para el trabajo. Los distintos ánimos se manifiestan elocuentemente; unos vienen porque los ha llamado Marcos, el que nunca transigió, y que si esta vez lo hace «tendrá sus razones»; otros de mala gana, porque saben que eso es «feo», pero vienen. Marcos, que acata esa situación como una fatalidad, pero que está resuelto a no retroceder.

Segundo cuadro: Telma va al puerto, en busca de León. Va hacia él sin saber casi lo que habrá de decirle, empujada por un anhelo superior a si misma: «Quisiera estar a su lado, combatir por sus ideales, ser usted mismo», le dice. Telma quiere mucho a su padre, más el amor de León la arrastra. Y la mujer ha previsto el choque entre los dos hombres. No pudiendo pedirle nada a su padre ofuscado, tiene fé en la gallardía de León, y a él se dirige: en la ceguera de su desesperación, ella cree que, siendo este el más violento de carácter, si él se contiene podrá evitarse el encuentro fatal. Y le pide que respete la vida de Marcos. León, que se siente capaz de afrontar cualquier riesgo, de atacar aún sin armas, porque como todo luchador tiene sobrada fé en si mismo, promete. De modo que ni Telma lanza al hombre que ama hacia la muerte, ni León claudica, como ha dicho un «crítico» con toda perfidia.

Luego, se presenta el encuentro inevitable, fatal. Marcos provoca a León, que haciendo esfuerzos se domina. Los compañeros de este muestran estupor

por su actitud pasiva. Lo interpelan! «—¿y usted permite el insulto? ¡Usted! ¡Usted, León!» Un instante más y pasará por cobarde. Si él cede, el último baluarte de la huelga está vencido, porque su ejemplo será desastroso: él es de los más fuertes, y tras de su actitud se escudarán los más débiles. Además, para él, como para todo luchador de su temple, — hagamos psicología — que el autor nos presenta los rasgos necesarios — la contribución más grande que puede ofrecer a una causa es la propia sangre, y ninguna ocasión es pequeña para dar un gran ejemplo. Avanza hacia Marcos.

Para darse cuenta de esta situación — es de las que más han sacudido al público — no se precisa mayor examen ni preparación. Es cuestión de sentirse hombres.

León intenta una conciliación al iniciar su avance. Esta fracasa. Ya no puede volver atras.

Marcos está comprometido a trabajar y a defender el trabajo de su cuadrilla. O pierde su puesto o mata. Un hombre como él, que había sido siempre de los más tenaces en la resistencia, de los más fieles a la solidaridad, al romper ese pacto de compañerismo se ha colocado en una posición que no deja lugar a vacilaciones. El caso es ineludible, forzosó.

Talvez esos «críticos» no han sentido el momento, porque individuos de su talla no podrían ser nunca ni León ni Marcos: quedarían en el termino medio de los que no se atreven a tomar trabajo — teniendo deseos de hacerlo — por miedo a la «leña».....

Llegamos así al tercer acto. Este es el que más polvareda ha levantado entre la «crítica» oficial. Cinco han sido los puntos de ataque: la presencia de un ataud envuelto en una bandera roja, la asamblea reunida a su alrededor para velar a León, el discurso pronunciado en esas circunstancias, la no solución del problema que se plantea, la entrada de Telma como final.

En cuanto al efecto artístico, resulta algo curioso decir que el espectáculo de la muerte es de mal gusto.... En cuanto a la realidad, de ataudes está llena la vida. La bandera roja tiene allí la misma razón de ser que la azul y blanca sobre el féretro de un patriota.

La asamblea es muy natural, porque los obreros suelen velar en masa a los compañeros caidos en la *lucha*: Buenos

Aires ha presenciado ya más de uno de esos velorios.

Respecto al discurso de Salvador y a la breve réplica del obrero 3.º ¿no representan ellos el mismo homenaje que á diario tributa la burguesía ante el cuerpo de sus muertos, sean ellos generales ó banqueros, profesionales ó jugadores de profesión? Más bien, no el mismo, sino el correspondiente homenaje: porque en esos pomposos entierros, la hipocresía suele emponzoñar el llanto y el elogio; mientras los compañeros de León tratan, ante su cadáver, de obtener una enseñanza de la fatalidad de su muerte.

Más no es la veracidad de los hechos en principio lo que más ha sido condenado, sino su teatralidad. — ¡Una asamblea, un discurso en la escena!

Pero es que eso es la vida, y la vida es toda teatralizable, con tal que, sin hacer tiosos los movimientos, se dé casi exclusivo relieve y desarrollo á las «situaciones» de acción.

Y bien: yo sostengo que este tercer acto es todo acción.

Examinemos en efecto la asamblea, en su desenvolvimiento psicológico y escénico.

Aquí no se discute la *cuestión social*, así, en general, como engañosamente han dicho los «críticos» que, en su afán de atacar han necesitado desvirtuar los hechos: eso sí que hubiera sido retórico y absurdo. Lo que se agita es un punto solo de ese gran asunto: el punto que atañe al caso del drama que se ha producido ante los ojos del espectador.

En su calidad de hombre de pensamiento, Salvador ha tratado de deducir una *verdad* de este drama que ha vivido. Y el homenaje mas cumplido que él pueda rendir á León es revelar esa verdad. Es lo que hace.

Él plantea el problema con la serenidad y la crudeza de un estudioso. Los obreros lo escuchan con atención, en mérito a su sinceridad y a su inteligencia. Se agitan, más no lo interrumpen sino cuando ya no pueden contenerse: son hombres de acción que, ante el cadáver del compañero, sólo entienden de realizar el desquite. Piden explicaciones, discuten. (Porque, no se trata de una reunión electoral en que cada párrafo del candidato es acogido con vivas y aplausos, con tal que termine con una de esas palabras convencionales: «voto», «sufragio» «patria» «honor nacional» etc. Esta que nos presenta Ghirardo es

una masa que piensa y no admite autoridades hechas é incontrolables: y el orador no es aquí un caudillo.)

Salvador se da cuenta de que esa misma circunstancia que tiene exaltados á los obreros, es la favorable para que una idea hiera profundamente su ánimo: el contraste entre la presencia de ese cadáver que es para ellos el acicate, y la argumentación filosófica que él les dirige, ha de hacer penetrar adentro en esos cerebros la semilla que luego, vuelta la calma, habrá de fecundar.

Por eso es que él insiste en su razonamiento.

En cuanto á los arranques de sentimiento con que contrarreplica algunas de las más vehementes interrupciones, ellos son brote espontáneo de la emoción que no puede dejar de embargarle también á él, tan amigo del muerto, y actor de ese drama de pasiones tan nuevas para su espíritu.

Esa asamblea — en la que cada interrupción revela un tipo, en la que hay movimiento, lucha, calor de entusiasmo y firmeza de pensamiento, en la que el autor ha hecho tan acertadamente psicología del auditorio y del orador — es la consecuencia real é inevitable de la muerte de León.

En la vida de este no está todo el drama: el drama está también en la huelga, es decir en la masa comprometida en ella, y en Telma, colocada entre las dos fuerzas que chocan.

El tercer acto es pues el resultado lógico de los dos primeros.

En cuanto á la no solución del problema, es el caso que hubiera sido necesario violentar la psicología del *momento escénico* para llegar á conclusiones precisas. Ghirardo no ha caído en ese error: ¡extraño es por cierto que sean los «críticos» quienes incurran en él!

Era pues necesario interrumpir la discusión. Y el autor, después de la réplica del obrero 3.º — en la que se aplaza el debate, estimándose no ser esa la oportunidad para detenerse en un estudio sociológico — hace entrar á Telma

Era imprescindible dar á conocer la actitud de Telma ante el desenlace de la lucha.

No hacerlo hubiera sido relegar á último momento en segundo término, un elemento que ha ejercido influencia tan principal en la acción dramática: el amor.

La muerte de León, lejos de resolver el dilema, le dá carácter más grave y perentorio. León ya es solo la

Idea: entre su padre y León, Telma sigue á este. No podía ser de otro modo, dado el tipo moral del personaje.

Ahora bien, teniendo que hacernos conocer la decisión de Telma, nada más bello y real que hacerla marchar hacia el muerto.

También ella ha sabido — hay voces que corren — que el cadáver ha sido entregado á los compañeros, y sale á verlo, desesperada, cruzando como loca las calles. Así se nos presenta en escena.

Que su llegada sea al final y no al principio ó á mitad del acto, es necesario para la realización de la asamblea, y es también natural cronológicamente.

Lo primero, porque sería absurdo que Salvador hablara y los obreros discutieran ante el trágico abandono de esa mujer.

Lo segundo, porque ella debe ser de las personas informadas con más retardo, como que la noticia le llega por conducto indirecto.

Ante el dolor de Telma — a quien los obreros pretenden cerrar el paso y á quien Salvador defiende — alguien siente la realidad, y proclama el último triunfo de León: — ¡Muerto y todo está triunfando!

El problema

Los compañeros de León no han penetrado completamente el pensamiento de Salvador: han dado á sus palabras una significación demasiado literal, porque el apasionamiento de la hora les ha impedido razonar friamente.

Pero luego, mitigada un tanto la emoción, ya más serenos, al volver á la vida del taller después de una momentánea derrota, habrá quedado ante ellos la realidad del problema, imponiéndose, con la urgencia de las grandes cuestiones, á su meditación. Y habrá vuelto á resonar en sus oídos la frase con que Salvador contestara á la duda de la asamblea, que no veía el modo de solucionar el conflicto permanente de los *sin trabajo*: — «La forma sería repartir el que hubiera.» —

La frase sonora que cierra el drama tiene pues también ella su razón de ser, y no es una vana nota de clarín, como se ha pretendido.

Y bien, una columna de fé — que es fuego — ¿no ha sido la fuerza propulsora de todo este drama, desde la huelga á través del amor de Telma, del sacrificio de León, de la palabra de Salvador, del ardor de acción de esa asamblea, hasta el gesto de Telma que quiebra un dilema íntimo cuyo alcance moral traspone los límites de la familia?

El título que Ghirardo ha dado á su drama, es pues simbólico en cuanto representa á la Idea como fuerza dinámica de la lucha social, é interpretativo en cuanto sintetiza hermosamente la acción de la obra.

El fuego de esa columna lo ha sentido seguramente ese público que, después de haber escuchado en una tensión constante los sucesivos cuadros, desbordó al fin su sensación en un aplauso insistente y caluroso.

Y ese fuego os ha quemado aún á vosotros, «críticos», y os ha hecho temblar: vuestro gesto de odio delata la herida.

Raul MARFIERI.

“La Columna de Fuego” (Drama en 3 actos y 5 cuadros) por Alberto Ghirardo. Acaba de aparecer. Precio. 1 \$ $\frac{m}{n}$. Vease el aviso en la última página de IDEAS Y FIGURAS. Pidase á los vendedores de esta revista.

sean, en contra del enemigo, haciendo arma de los mismos obstáculos.

Ahora bien: ¿puede el problema de los sin trabajo resolverse en contra del capital, por el camino que ha señalado Salvador?

Planteadas en estos términos, la cuestión práctica queda simplificada.

Dados los alcances de la lucha obrera, la disminución de las horas de trabajo — todos lo sabemos — no tiene límite discrecional, porque el trabajo asalariado sería injusto aún cuando la jornada fuera de una hora sola. Por lo tanto los límites que se fijan a veces — como el de las ocho horas — no son sino circunstanciales, y tienden a precisar un fin inmediato

“La Columna de Fuego”

Con el teatro desbordante de público, público de ideas al que se mezclaban conocidos hombres de letras de todas las tendencias, estrenó la compañía de Pablo Podestá, con extraordinario éxito, este nuevo drama de Alberto Ghiraldo.

La representación no defraudó la intensa expectativa que este estreno había despertado en nuestro público donde el autor de «Alma Gaucha» acaudilla tan hondas y bien conquistadas simpatías. Desde el primer momento sintióse el ambiente de la sala dominado por el fluido extraño de la sugestión artística que fluye espontánea, sin afectación ni artificios escénicos, del asunto vivido a fuer de real, sencillo y verídico que el autor ha transportado con mano y corazón de artista a las tablas.

Desde que se levanta el telón penetra el espectador a ese otro mundo social de la existencia proletaria, donde la pobreza es el marco sombrío del drama, y en que el dolor da toques de luz y musculares relieves de energía a los personajes estoicos que se mueven en aquel ambiente, que viven aquella vida.

Se trata en el primer acto, de un hogar obrero, como hay muchos en esta ciudad... y en todas.

Un padre, un niño de diez años y una hija de veinte que cuida de ambos y administra la casa, son los escasos miembros de esa familia.

Han transcurrido días amargos de huelga y la miseria empieza a asomar su fea cara en la vida humilde de estos parias del trabajo. El pequeño Julio se encarga de revelarnos las cruces estrecheces de la casa, en una escena llena de gracia y de ternura con su hermana. El miedo al hambre termina por hacer zozobrar la voluntad de aquel viejo trabajador, tan firme luchador en otros momentos de prueba, como excelente obrero en las horas de trabajo.

Leon Almeida que ocupa una habitación frente a la de su compañero Marcos — tal es el nombre del primero — se ha enterado de la desertión de éste. Esto le preocupa vivamente por tratarse de quien se trata y por el daño que él puede hacer a la huelga con el prestigio adquirido en movimientos anteriores entre sus camaradas.

Desde el primer momento se nota la presencia de un tipo firme y musculoso de combatiente, con relieves de apóstol y soldado a la

para una determinada agitación. Tampoco la reducción gradual de la jornada implica una reducción paralela del salario.

Pero entonces, repartir el trabajo que haya, en boca de Salvador, solo puede significar repartir la tarea sin disminuir el salario.

Ahora bien: ¿cabe duda sobre la posibilidad de resolver en este sentido el problema?

¿O sería esta la forma de dar una de las más hermosas batallas de la lucha social?

Contestando a la interrupción de un obrero, el mismo Salvador ha dicho: — «¿Abandonar nuestras armas? No. Emplearlas mejor!»

vez, de las reivindicaciones proletarias. Es uno de los directores espirituales del movimiento. A él confía la Federación Obrera la redacción de un manifiesto y su palabra es escuchada con confianza.

Telma — nombre de la hija de Marcos — a fuer de mujer, y de mujer silenciosamente enamorada, tiene la intuición clara de lo que pasa. Se encuentra con Leon que va en busca de Marcos. Sostiene con él un diálogo muy hermoso en el que se vislumbra la revelación discreta de un idilio. El amor domina el corazón de Telma. El amor de la causa absorbe todas las potencias del espíritu, en Leon.

Este la trata de hermana. Aquella le replica que la fraternidad no es el amor. La escena es interrumpida por la llegada de Marcos.

Leon lo encara con serenidad y firmeza, después de haberse ambos saludado con gravedad y lo interpela, preguntándole si era exacto que pensaba abandonarlos y traicionar la huelga. Marcos contesta con igual decisión, que era verdad.

Se plantea el conflicto de conciencia a conciencia entre los dos camaradas, dando lugar a uno de los diálogos más interesantes de la obra. Los argumentos son escuetos, concisos y terminantes. El uno se defiende con las realidades de la vida; el otro refuta con la moral del altruismo y del deber.

El primero no se siente héroe; eso es todo y así lo declara. El segundo no encuentra justificativos a su deslealtad y declara que todos los dogmas del amor convencional a la familia, deben ser destruidos. La causa común está para él por encima del dolor de cada uno. Leon se retira después de su última imprecación declarándose adversario a muerte para cuando las circunstancias los coloquen frente a frente.

Marcos está resuelto a no retroceder. Ya se ha contratado como capataz con los Pérez. Llama a Telma que ha presenciado llena de una silenciosa inquietud la escena, y cuyo pensamiento se ha ido tras los pasos de Leon.

— Desde mañana trabajo... Este es un adelanto... ¡Hoy se almuerza aquí! dice descargando el puño sobre la mesa.

Telma coje maquinalmente lo que se le da. Marcos lo nota y la interpela.

— Pero qué tienes? Que diablos te pasa? Habla, habla!

— No sé... no se... ¡preferiría no comer hoy tampoco!

Termina el primer cuadro.

En el segundo, la escena se ha trasladado al puerto donde acuden Leon y sus compañeros a recoger informes de la huelga y para hablar a los obreros traídos de otras provincias con contrata, a fin de que se pleguen a la lucha.

Entre los barcos esperados con gentes, «El Destino» es el primero que llegará: viene de Corrientes y atracará en aquel sitio del muelle. Un correntino se ofrece a hablar en guaraní a sus compatriotas y recuerda al grupo como fué el mismo engañado hace algunos años cuando era un trabajador inconsciente.

En eso la sirena anuncia la entrada de un barco. Es «El Destino» que atraca en el lugar indicado. Una vez amarrado y no bien se ha puesto la planchada, el grupo se adelanta para hablar con los de abordó. Pero en ese instante un piquete de infantería entra precipitadamente y ordena retirarse a los huelguistas. Los obreros se resisten alegando el derecho de poder hablar con los trabajadores de abordó.

La orden se intimó y mientras al grito de «¡viva la huelga!» de los obreros de tierra, contestan los de abordó «¡viva!», los fusiles apuntan al pecho del grupo que permanece impassible, como figuras de piedra, clavadas en su puesto. Así termina el primer acto.

Al comenzarse el segundo, se siente ya la atmósfera siniestra del drama. La tragedia está en las almas y en las cosas.

En una cantina de la ribera se halla reunido un grupo de huelguistas entre los que figura Leon Almeida. Comentan las noticias contradictorias de los periódicos, la posible declaratoria del estado de sitio y las prisiones que hace la policía. No ocurre allí nada trascendental pero se prevee el desarrollo de los acontecimientos.

Al día siguiente al amanecer se encuentra el protagonista en la misma cantina. Ha ido a cumplir su misión delicada de impedir trabajar a los rompe huelgas. Marcos está allí cerca, cargando el barco con su cuadrilla. No tardarán en verse pues, en ese sitio. Leon lo acaba de saber por un obrero que lo provoca deliberadamente. Salvador, un simpatizante de las ideas revolucionarias que no es obrero, pero que los acompaña en la lucha y se ha hecho gran amigo de Leon, evita las consecuencias del incidente. Llega en ese momento muy agitada Telma y su hermano Julio. Va allí en busca de Leon movida por un impulso poderoso del corazón y de la conciencia. Es el amor y es la idea la que la lleva allí, cerca de él, a cuyo lado quisiera estar en la lucha, y le dice que su libertad y su vida corren peligro. La policía ha allanado su domicilio. Y teme además el encuentro con su padre. Cuando Leon la aconseja que se vaya, pues Marcos está allí en el barco y puede llegar, Telma se da cuenta de la situación y le pide desesperadamente que respete a su padre. Leon lo promete vencido por la ternura.

Telma se va y los sucesos no tardan en pronunciarse como se habían previsto. En el momento en que dos grupos de obreros han desnudado sus armas para agredirse, sale Marcos y pregunta quien es el que dirige al grupo en huelga.

El choque se hace inevitable. Los dos adversarios se hallan por fin cara a cara. Marcos avanza insultante, empuñando un revólver.

Leon permanece mudo, con asombro de sus compañeros que conocen su valor personal. Lucha consigo mismo y se vence. No contesta la injuria; el amor de Telma le quiebra los brazos.

— Guarde el arma! — dice por fin, con una fría decisión trágica en el ademán y en la voz. — No avance, porque hago fuego.

— ¡Aquí o allá! Esta es mi sangre! — La doy. Y continúa avanzando con los brazos abiertos. Marcos dispara su revólver y el cuerpo de Leon vacila y se desploma en brazos de su amigo Salvador.

— ¡Que no me venguen! — Mi sangre! ¡Mi sangre!...! — muere exclamando débilmente. — Aquí o allá, era lo mismo! — ¡Viva la huelga! — son sus últimas palabras. Los soldados rematan la escena invadiendo el lugar del crimen.

El tercer acto que es de una veracidad histórica para los obreros de Buenos Aires, se desarrolla en el local social del gremio en huelga. Los trabajadores han obtenido que la policía les entregue el cadáver para velarlo entre ellos. El ambiente está cargado por la sobreexcitación del dolor y de la cólera. Para los que saben de las cálidas asambleas proletarias, la ilusión de realidad no puede ser más completa en este acto. Está allí latente, con sus sacudimientos espasmódicos de bravura y estoicismo el corazón de la plebe revolucionaria. Las figuras de los rebeldes se destacan a brochazos de luz, rectas, austeras, viriles en medio al caos de las exasperaciones tumultuosas. Ha llegado el cadáver al local, y como se ha prohibido que se hable en el cementerio al dársele sepultura, se acuerda hablar allí mismo.

— Que hable Salvador — pide la asamblea. Salvador se adelanta a la cabecera del muerto.

— Debo hablar. Lo haría aún cuando no me lo pidierais. Y esto porqué la sangre del compañero caído, de este bravo Leon, tan noble y generoso, de este hermano dignificador de su especie, me ha revelado una verdad.

Lucháis contra un enemigo que está en el seno de las filas proletarias. Vosotros exigís «solidaridad» a los sin trabajo, en el momento de la lucha. Pero la ofrecéis cuando el hambre los amenaza a ellos?

El orador es interrumpido muchas veces en su discurso por sus camaradas, que no dudan de la sinceridad de su palabra, pero que no aceptan sus reflexiones. Cuando aquel termina de hablar otro obrero declara:

— Tal vez mañana tengáis razón. Hoy no. Yo os la niego. Estos son momentos de acción, no de contemplaciones.

Finaliza la escena y el acto, la entrada trágica de Telma, a quien los obreros le resisten la entrada.

— ¡Nadie con más derecho!... Dejadle. Dejadle! exclama Salvador.

Se arroja loca de dolor sobre el cadáver de Leon, desvariando que lo han muerto.

— ¡Muerto y todo, está triunfando! — contesta un trabajador, dando fin al drama.

El público vuelca, en una explosión de aplausos, la viva emoción que presiona su ánimo, que ahoga su espíritu durante los tres actos. Es que ese público no es mero espectador en obras como «La Columna de fuego». Él se siente más actor que los mismos artistas que desempeñan un papel ficticio en las tablas. Y es que él desempeña ese mismo papel, hondo y vivido, en el escenario de la vida.

Ghiraldo ha trasplantado a la escena con fidelidad y belleza poemática, un retazo realísimo de la vida obrera. No ha necesitado recurrir a efectismos de ningún género para conseguirlo. Ha visto y vivido, sencillamente, lo que su pluma de artista embellece y describe. Ha proyectado un poco de su luz espiritual, luz de amor, luz de verdad sobre la turbulenta existencia del trabajador en su guerra sin tregua y sin cuartel con el Capital y las fuerzas legales que lo amparan.

Es una obra llena de belleza por ser una obra llena de ideas; y es un drama de éxito perdurable por ser obra de arte tanto como de batalla. Aunque no puede decirse que sea una obra de propaganda doctrinaria. El drama tiene lugar en el seno de la familia proletaria y se desarrolla entre hermanos. Las fuerzas antagónicas de la sociedad no entran en lucha sino de un modo secundario. Pero eso mismo

La obra, la crítica y las ideas

La crítica argentina se ha distinguido siempre por su ignorancia absoluta de lo que criticaba. Si se exceptúan dos ó tres tipos aislados no existen ni han existido aquí críticos, es decir guías intelectuales del gusto público. Y ahora en estos días de desorientación en que está de moda ser conservador, en que M. Bergson impone desde su cátedra de París sus ideas y sus conceptos á los superficiales y á los impresionistas del mundo entero, y, más que todo eso, en estos momentos en que la huelga general del Rosario ha llevado una racha de pánico á las ocas burguesas, los Echagües y Cía, se han creído en el deber de agregar á los flujos blancos que manan constantemente de sus cerebros, una gota del veneno reaccionario.

Así, toda obra que salga del molde común en que vuelca sus puerilidades esa masa claudicante y adocénada en que se apelmazan periodistas, intelectuales á sueldo, autores cursis, preciosistas panzudos, será puesta en el índice democrático del diario á que acude á su vez en busca de sanciones previas la plebe ignara de los excomulgados de la vida libre y superior.

Ellos no entienden—¡que van á entender!—de otras ideas y de otras formas que no sean las que gesta la matriz flácida y enfermiza de esta civilización bajamente materialista. La luz de la aurora los ciega y su vuelo, como el de los buhos, no va más allá de la media luz de este crepúsculo monótono en que languidecen las más finas flores del espíritu.

¡Intelectuales?... ¡Fonógrafos moliendo eternamente el tango soez que ha de ir á acariciar la barriga innoble de

ha contribuido al milagro de la Belleza. Las figuras humanas que atraviesan el escenario no están dibujadas, sino esculpidas con plasticidad hercúlea en macizos bloques de granito como Prometeos místicos del rojo evangelio futurista. Y no son tipos quiméricos. Son los tipos reales que produce la Revolución en las filas del pueblo. Porque las grandes causas son las que hacen a los grandes hombres.

Todos los actores parecen haber sentido sus papeles. De ahí que todos hayan contribuido al éxito del drama. La señorita Pagano ha revelado una profunda conciencia artística en el desempeño de su papel, lo mismo que Pablo Podestá, Escarcela y Alippi.

El autor se ha superado en su última producción, por lo cual lo felicito, por ser ese un sintoma de sus crecientes energías mentales.

Julio R. Barcos

Sancho y el bolsillo de Sylok, son estos!...

«La Columna de fuego» de Ghiraldo les ha brindado una ocasión para desfogarse y para tomar desquite de la distancia de talento y de verdad que les llevan por delante los espíritus representativos de la ciencia y del arte nuevos y también para ganar otra soldada dirigiendo algunos escopetazos violentos á los conceptos que tantas veces les hicieron fracasar sus dientes de roedores.

Desconfiados de sí mismos, desorientados, con el espíritu de la época fuera del cual les es imposible proyectarse, lo mismo que es imposible á los patos salir fuera del corral, tiemblan ante lo que ignoran y que sospechan pudiera ser verdad y se enojan, se envenenan con la hiel de sus hígados entrados á una hiperfunción... Tal se han mostrado en el caso presente.

«Melodrama, declamaciones, revolucionarias, propaganda ácrata», han escrito y murmurado á todos los vientos. Y nada más. Nada de análisis sereno, nada de nobleza intelectual.

¿Porque señores críticos no nos demostráis la certeza de vuestras rotundas afirmaciones?

¿Porqué os encerráis en el cascarón y ponéis una coraza de babas en la puerta de vuestros espíritus lo mismo que los caracoles cuando les tocamos los cuernillos?

¡Llamáis mala á una obra por que sí, condenáis á las ideas también porque sí y luego, á renglón seguido, habláis de sectarismo!

¡Ah! no... Así no se convence á nar-

die y ni esto es tampoco lo leal y caballeresco que pudiera exigirse á los varones bien nacidos. Además no se hiere impunemente á nadie, pues sabido es que quien hiere corre el riesgo de ser herido.

Tampoco es leal eso de aprovechar la superioridad numérica para aplastar á uno solo, al que disiente, que muchas veces puede ser Ibsen ó Mirbeau. ¡No establecemos parangones... eh!...

¿Que entendéis vosotros por realidad en el arte? Siempre he desconfiado del talento de los que escriben obras para el teatro, plaza suburbana del arte á donde llevan su feria de mediocridades los más inválidos del intelecto: autores, actores y críticos. Sin embargo ahí está la pregunta. ¿Qué es en este caso la realidad y como diferenciarla de lo melodramático?

¿No habrá más realidad que la de esas farsas grotescas, confeccionadas por autores que en sus excursiones campesinas, jamás traspusieron el puente de

Atorantismo intelectual

Es tal vez una fatalidad, pero es así,—que hemos de ser nosotros, «los que nada sabemos» — los que tengamos que indicar, ó aún más, que tengamos que enseñar a «los que todo lo saben», a ser—sino caballeros, porque la caballerosidad es concepto aristocrático ó burgués—cuando menos a ser hombres.

Siempre ha ocurrido lo mismo. Siempre han tenido los privilegiados seres patentados de críticos, que aunque de arte no comprendan más que lo que yo comprendo de latín, no es impedimento para que se despachen avinagrados a objeto de satisfacer los deseos de sus amos y descarriar a la multitud — pensante ó no — por el camino que a ellos les conviene.

Criticán y calumnian a un hombre desde «las muy lindas columnas» de sus diarios, pero tienen al mismo tiempo la «sabia precaución» de cerrarlas a cualquiera que con razón ó sin ella—(hoy ya nadie sabe quien tiene la razón)—pretenda replicar sus afirmaciones, «sabias e imparciales».

Y esto que no podemos lanzarlo más que en el círculo férreo a que nos quieren encerrar, de nuestros muchos ó pocos simpatizantes, es necesario decirlo en esta época de atorantismo intelectualista, en la que hasta el pensamiento está en el mercado comercial de tanto escribes, tanto cobras.

«La Columna de Fuego» — ya hacía tiempo que no tenían carnaza para devorar — ha caído bajo las más bajas apreciaciones y los más falsos conceptos, que por otra parte estaban previstos y descontados, pero ¡qué diablo! algo tenían que decir los sabiondos de todo, aunque no sepan nada.

No ha escrito Ghiraldo su nueva obra para que agradara «a los otros» y es necesario hacer esta afirmación: «La Columna de Fuego» ha sido comprendida por los obreros.

Barracas, ni otros tipos verídicos que los «gauchos» que nos brindan todos los autores nacionales?... Sí, fuera de eso y del bajo fondo bonaerense que vuestros ojos miopes aprendieron á mirar, merced á los anteojos prestados de autores franceses y rusos, existe otra cosa que no sois capaces de valorar, qué digo de valorar, de medir. Esa cosa es la formidable tragedia de la lucha social, de cuyo fragor está lleno el siglo, y cuyos tipos forjados en las fraguas nuevas resultan tan extraños á las mentalidades influidas por el gregarismo democrático, como resultaron León y los demás obreros de «La Columna de Fuego».

Y por fin. El drama en cuestión es tan real como el que más. En lo único que existe diferencia esta vez es en las personalidades: de un lado Ghiraldo con su vida y su obra lineales y su carácter incoercible, y del otro sus críticos y sus detractores, los sirvientes de la chusma plutocrática.

Juan Emiliano CARULLA.

Y cuando una obra es comprendida por el individuo ó colectividad para la cual está escrita y pensada ¡que pocos aplausos puede sacarle una crítica abiertamente parcial!

De mi sé decir que me agradó más, mucho más, la segunda noche después de ver babear á los críticos que la noche del estreno en la que solo tenía para juzgarla mis sensaciones y mi cerebro. Y eso que la noche del estreno... pero, que queréis, tal vez sea mediocridad intelectual mía, pero todos los defectos que señalaban los críticos consumados á mi se me antojaban bellezas. Todos los «llanos» que los críticos señalaban, á mi también, amigo Ghiraldo, se me antojaban cumbres, cumbres sí, desde las cumbres se lanzaban enseñanzas enormes al campo del combate proletario.

«La obra como artística es mediocre» ha dicho alguno, pero ¿sabe nadie dónde empieza y dónde acaba la mediocridad artística de una obra? Tenemos aquí al señor Salaverría que no concibe un pensador musculoso y por ello dice que la estatua «El pensador» es mediocre. ¡Si serán pedantes!

El drama proletarista no ha hecho su época como pretende afirmar discretamente cierta revista. No tiene época porque será de actualidad mientras exista la lucha social.

Y eso de que «dirá quizás algún «compañero» más competente en reivindicaciones obreras que en arte teatral»: ¿podéis decirnos ¡oh sabios! que es lo que entendéis por arte teatral? ¿Es la realidad de la vida dolorosa ó risueña puesta en escena lo que constituye lo que vosotros llamáis arte teatral? ¿Y qué diferencia encontráis, en la realidad de vida que las anima, entre «Los intereses creados» y «La Columna de Fuego»? ¡Ah! sí, la diferencia de que Benavente dice la verdad frita y Ghiraldo la dice cruda, y lo cierto es, que la ver-

dad frita tiene menos grasa pero sabe mejor que la verdad cruda, —creo que ha dicho D-centa.

Lo que tiene—y seamos francos de una vez—es que «La Columna de Fuego» en vez de adormecer y castrar iniciativas y ansias de vida, como lo hacen «las obras, las verdaderas obras de arte teatral» despierta el cerebro

Propaganda acrata

«Anoche, durante una representación que se dió en el Teatro Nuevo, un grupo de personas estratégicamente distribuidas en el paraiso, inundó la sala con centenares de hojas volantes, en las que se incita al asesinato de funcionarios públicos, por medio de bombas de dinamita y se hace la apología del victimario del coronel Falcon.

«Llamó mucho la atención de las familias concurrentes y que en parte se retiraron al oír gritos lanzados por los mismos que arrojaban los papeles, la actitud pasiva del personal de policía que estaba en el teatro, y que cumpliendo con su deber, debió proceder sin demora a la detención de esos malos elementos».

(«La Prensa»—Mayo 7 de 1913)

Historia de un «complot»

Hemos dicho que la prensa ha aprovechado la ocasión para rodear de una atmósfera terrorífica a la obra — como incitadora de sangrientas violencias — y al teatro mismo en que ha sido representada — como foco de propaganda dinamitera.

Inició esta campaña de insidias «La Tarde», publicando un suelto en el cual se reclamaba la intervención de las autoridades para suspender la *reprise* de «Alma Gaucha» é impedir el estreno de «La Columna de Fuego»: lo primero por tratarse de un drama «cuyas representaciones constituyan un deshonor para nuestro ejército»; lo segundo, porque era obra del mismo autor...

Respecto á «Alma Gaucha», sabido es que la intencionalidad, contestando á un pedido del gabinete militar declaró ya impropcedente y arbitraria toda acción en contra de una obra sancionada por el público. Por lo demás, si hay algo deshonoroso para el ejército, ello no es «Alma Gaucha» sino el hecho de ser ciertas las iniquidades que revela Ghiraldo con un color tan vigorosamente real, que ha sacudido aún á los más patriotas. Lo que verdaderamente deshonra — y no á una institución, sino á un pueblo entero — es que todavía se publiquen periódicos reaccionarios hasta el punto de invocar la censura para el arte. Ese suelto de «La Tarde» es una afrenta á la cultura del país: una afrenta que debió ser reparada. Pero es que á *la muchachada intelectual* que nos rodea le falta conciencia de la propia misión y entereza mental. Ella se acobarda ante esas arremetidas. Valga como prueba el caso de uno de nuestros jóvenes escritores, quien se dirigió á Ghiraldo para condolerse de ese artículo «tan molesto para él», y al cual el autor de «Alma Gaucha» contestó: «Para mí como para Vd. Molesto para todos los que en esta tierra anhelamos la libertad de pensamiento y luchamos por ella».

Luego, la víspera del estreno, «La Argenti-

y sacude los nervios, y eso claro está, no les conviene a ellos, aunque nos convenga a nosotros....

Pero ya tenéis «fuego» para rato ¡oh sabios!

Benito Olabuenaga

De («La Protesta»), Mayo de 1913.

La noche era la del estreno de la obra de Ghiraldo; la representación, «La Columna de Fuego» del mismo autor.

Los cartelitos, demasiado toscos para ser anarquistas y demasiado inoportunos para tener ningún efecto, han podido ser lanzados con la intención de sabotear la obra....

No queremos pensar mal, pero este suelto es todo un mal pensamiento. Puede ser mera coincidencia el lanzamiento de los carteles con el estreno de la obra del autor revolucionario: pero de todas maneras es curioso. Y el índice que quiere aplicar «La Prensa» es reaccionario por demás.

(De «La Protesta» de Buenos Aires).

na» dijo en una nota que el autor del nuevo drama hacia del teatro una tribuna de propaganda acrata. No es mucho decir, en verdad, para el criterio de hombre de espíritu abierto. Pero, conociendo el efecto atemorizador de ciertas palabras entre el grueso de los lectores, aparece manifiesta la intención de esa apreciación hecha así, á secas.

Estos dos diarios han formado la vanguardia de la monotonera reaccionaria que ha disparado sus armas contra «La Columna de Fuego.» Para ganar ese puesto de avanzada, han necesitado prejuizar, basándose en presunciones: los sumarios del comisario Zunda hacen escuela...

El ataque se generalizó al día siguiente del estreno.

La «crítica», más que del aspecto artístico del drama, se ha preocupado de su ideología: pero no para estudiarla ó discutirla, sino para tacharla así, en bloc, de tendenciosa y al mismo tiempo indefinida, de falsa y de superficial. Huecas adjetivaciones que no están apoyadas en ningún argumento.

Pero tampoco se han concretado los diarios á la condenación de «La Columna de Fuego» sino que se han valido aún de otros medios para tratar de hacer el vacío al rededor de ella.

Refiriéndose á la primera representación, «La Prensa» — en una nota que reproducimos más arriba — hablaba de desórdenes ocurridos en el teatro: «griterías amenazadoras y lanzamiento de manifestos dinamiteros.

De estos últimos «La Tarde» llegó á dar el título «A los anarquistas y al pueblo,» agregando que bajo ese epígrafe había incitaciones que infringían la ley social.

Otros diarios hicieron también insinuaciones relativas á la actitud exaltada del paraiso. Todo lo cual es comprobadamente falso.

No hubo tales disturbios. Un solo grito aislado se oyó esa noche, y no tuvo alcances terroríficos: Porque no es cierto que se retra-

ran familias, como también ha dicho «La Prensa» No quedó vacío un solo palco; el público permaneció todo en sus puestos, no solamente hasta el final del drama, sino también durante la larga ovación que consagró su triunfo.

Y hay más: la concurrencia fué numerosa aun en las siguientes funciones, siendo la obra retirada del cartel después de la octava representación — que fué un lleno completo — por la intimidación que llegó á ejercer sobre el ánimo de una empresa esa actitud del periodismo.

En cuanto á los manifiestos únicos que se lanzaron, si «La Tarde» hubiera obrado de buena fé, habria referido, además del primer título, también el subtítulo: «Los profesores contra el antimilitarismo». No lo hizo, porque ese epígrafe aclaratorio habria desmentido las afirmaciones hechas sobre la índole de esas hojas volantes.

Pero lo más grave es que, interrogados al respecto algunos profesores, ellos han negado categóricamente la autenticidad de esos manifiestos.

Este dato, junto con el que dá «La Prensa»

«La Columna de Fuego»

ADHESIONES Y APLAUSOS

Ahora para cerrar este número de combate, broche de oro y de luz, he aquí el canto vibrante, la palabra sincera y ardiente de adhesión y simpatía, enviada al autor de «La Columna de fuego» por una juventud altiva, cuyo pensamiento se ha levantado por sobre la charca donde se agitan, revuelven y croan, sus pretendidos mentores. A su lado el grito franco y rudo del obrero, del trabajador conciente que, al calor de las escenas del drama, ha sentido palpar su espíritu en una comunión de arte y verdad. Y, para que nada falte en el amable concierto, el aplauso femenino, gentil y lleno de perfume: aplauso y flor...

Alberto Ghiraldo

Para cantando, el barbaro, su sagrada ternura; es fuerte, es rudo, es bueno; la piedad le enamora, la justicia levanta su hacha vengadora que asesta en grandes golpes, sobre la selva oscura.

Ha sentido de todos los tristes la amargura, fué un incendio en las noches su palabra sonora, y enorme visionario de la suprema aurora en su ademán soberbio la Humanidad fulgura.

Él sabe de los crueles desamparos divinos, sus pies están sangrando en los yermos caminos de la verdad augusta, de la fatal mentira;

y, en el dolor glorioso de las indignaciones, galopan cual salvajes corceles sus visiones llevando por escudos, un sol hecho una lira!

Arturo Marasso Rocca.

Buenos Aires 1913.

Un aplauso compañero, un aplauso por su valiente obra *La Columna de Fuego*. La crítica conservadora se ha estrellado contra ella. No podía ser de otro modo. La moral de sacristía de esos periodistas ñoños y cursis tenía que rechazar su obra de palpitante vida, obra que sólo tiene el defecto de ser grande y hermosa, no para entretenimiento de niñas histéricas y hombres-estómago, sino para los que aman la vida y ansían redimirla y dignificarla.

AMARO FOLGUERAL.

Buenos Aires, Mayo 15/1913.

respecto á la pasividad de la policía ante esa lluvia de papeles; talvez basten á poner sobre la pista de los autores.....

Queda pues evidenciado que todas esas acusaciones no han sido sino calumnias inventadas con el objeto de provocar un movimiento de indignación entre el público y ahuyentarlo por lo tanto del teatro.

Muy curiosa es por cierto la unanimidad de esta prensa burguesa que, ante el supuesto enemigo común, se ha unido para una acción de conjunto. La táctica que se ha desplegado, uniformando en lo posible la crítica y echando mano de los mismos recursos difamatorios, revela que ha habido un acuerdo: esos diarios que tienen la manía de ver «complots» anárquicos por todos lados, han formado esta vez ellos mismos un verdadero y propio «complot».

Se han mezclado en él rencores particulares contra el autor de «La Columna de Fuego» é intereses conservadores.

¡Y al servicio de míres tan mezquinas ha sido puesta la crítica, que debería elevarse siempre por encima de partidismos y de apasionamientos personales!

¡Oh Ghiraldo, gran Ghiraldo! ¿Qué dice de tí la jauría? esa jauría alevosa, siempre en acecho para morder con más furor á la pieza más gallarda? ¡Lastima que esos perros no produzcan y si producen sean tibios solamente y acomodaticios!

Soy una señora digna: ex-directora de una escuela de Francisco Ferrer. Siento este precedente para que juzgues de mi temple de espíritu y de mi poca ó mucha cultura y admítas mi opinión sin menosprecio. Soy una pobre señora que aquí solo forma en el...

«Disciplinado ejército de tristes
»Que va en perpétua marcha al matadero.»

Oí la estridente voz de la jauría y me senti herida en tí. Quise enviarte ó devolverte una frase de consuelo de las que á mí me ha prodigado «Música prohibida» cuando ví que erguido les decías:

«De aquí, desde esta orilla donde lucho
«Cual torvo gladiador sobre la arena,
«No invito á combatir: Voy impulsado
«Y contesto á esa voz: ¡soy una fuerza!

Si, «La Columna de Fuego» es sectaria y cansadora para esta ciudad de burguesía y vértigo; si...

«Asfixia la ciudad: llega al desierto.
«Y fecunda al desierto!....

y si además la das en la novela ó el verso ¡oh Columna de Fuego!

«Vertida en holocausto de los tristes,
«Siempre eres redención... para mañana!

Te saluda desde hace algunos años,

MARÍA LANDABURU.

(Continúa en la pág. 2)

"La Columna de Fuego"

Drama en 3 actos y 5 cuadros

FOR _____

ALBERTO GHIRALDO

ACABA DE APARECER

Precio \$ 1 m.n. el ejemplar - Pidase en los
Kioscos donde se vende IDEAS Y FIGURAS : : :

Obras en venta

EN LA ADMINISTRACIÓN
DE "IDEAS Y FIGURAS"

LA CRUZ (Drama en 3 actos) \$ 1.00 m/n

SANGRE NUESTRA..... » 2.00 »

ALBERTO GHIRALDO por

Juan Mas y Pi » 0.50 »

MARIA CLARA (Novela por

Margarita Andoux) » 1.00 »

CRONICAS ARGENTINAS

por Alberto Ghiraldo » 1.00 »

LA COLUMNA DE FUEGO

(Drama en 3 actos y 5 cuadros)

por Alberto Ghiraldo..... » 1.00 »

Envío libre de porte á cualquier punto de la República. Descuento á los librereros y agentes de IDEAS Y FIGURAS. Pedidos á la administración de esta revista calle CORRIENTES 462, Buenos Aires.